

FUROR CRÓNICO

Recientemente galardonada con el Premio Iberoamericano de Narrativa Manuel Rojas, máximo reconocimiento a la trayectoria que otorga el Estado de Chile y uno de los mayores en lengua castellana, Hebe Uhart sorprende de nuevo a sus lectores con la publicación de un volumen de crónicas ilustradas por ella misma. Ya en el prólogo a su primer libro de cuentos Haroldo Conti alertó que su escritura era “una realidad única”. Aquí ofrecemos un extenso diálogo sobre los temas que más apasionan a la autora.

POR JIMENA NÉSPOLO

Hebe Uhart nos recibe en su departamento del barrio de Almagro el veinte de diciembre, luego de haber corrido la fecha del encuentro en varias oportunidades, urgidas por marchas, gases lacrimógenos, balas de goma y balines variopintos. Acaba de publicar un libro de crónicas que lleva por título *Animales*; no obstante no encuentro en sus páginas esa bestia que parece haberse liberado en los últimos tiempos en Argentina. He leído sus relatos, sus crónicas, cantidad de entrevistas concedidas: para mí hasta entonces Hebe Uhart es solo escritura. Ahora es voz melodiosa y mirada picante: si a las primeras preguntas responde un tanto chúcaramente, antes de promediar la hora ya expande la carcajada.

A partir de 2010 sorprendiste a la crítica con un furor crónico que, al día de hoy, equipara la cantidad de páginas reunidas en tus *Relatos completos* (Alfaguara, 2010): ahí están *Viajera crónica* (Adriana Hidalgo, 2011), *Visto y oído* (2012), *De la Patagonia a México* (2015) y *De aquí para allá* (2016). Ahora con la publicación de *Animales* (2017) sorprendés de nuevo, acompañando las crónicas con tus dibujos. ¿Cómo explicás esta capacidad de “reconversión”? ¿Envalentonamiento? ¿Afán de experimentar?



No, eso fue por casualidad... Un día me dio un ataque por dibujar (pero yo no dibujo desde la primaria) y dibujé, vino alguien de la editorial para trabajar acá, vio los dibujos y le gustaron, y dijo «los pongo en el libro». Pero fue una casualidad, no soy buena dibujando. Copié los bichos, fue una especie de arranque. Los reprodujeron para ahorrarse un dibujante porque dije «me gustaría que el libro *Animales* tuviera dibujos». Pero no, no dibujo, no dibujo monos, por ejemplo, no sé hacer monos, hice aves, porque las hago todas gorditas... Aves fáciles. Pero el mono es complejo.

El mono es complejo de dibujar... ajá. Hay una crónica tuya –recuerdo– de una visita al zoológico, la imagen de una nena frente a la jaula, ¿no? También está la vaca, la reflexión sobre la vaca a partir de un cuento de Felisberto Hernández.

Sí, la nena de unos tres o cuatro años que le dice a los monos «¡Hola chicos!». La relación de la gente con los animales es inagotable. Ahora, no sé si seguir con otro libro de animales, porque me faltan todos los delfines –que me interesan mucho– o... A mí me interesan dos cosas: la inteligencia animal y las particularidades individuales, después si se comen unos a otros o cómo se las arreglan para comer, no me interesa, a no ser que revelen alguna maniobra o estrategia...

De supervivencia...

Sí, eso de la supervivencia no me interesa.

¿Suena muy a darwinismo social?

No... Sí. Me interesa la inteligencia animal.

En tus relatos hay una preocupación por el mundo vegetal, mientras que el mundo animal parece competirle a la crónica.

No, no sé nada, tengo muchas plantas pero no sé nada. No sé de plantas. De hecho las riego mal... Me interesan los animales más que las plantas, son lo más parecido que hay a nosotros. El encargado del edificio tiene un loro y lo llama Perico, pero parece que el loro se acordó de uno que lo quería mucho y le decía «Renato»: cada vez que le dice Perico él responde «Renato», falta que diga «me quiero llamar Renato».

¿Tenés una visión diacrónica o historizada sobre tu producción? Porque ya llevás varias décadas de escritura, al hablar del mundo vegetal pensaba en el cuento “Guiando la hiedra”, como un relevamiento minucioso de lo real...

“Guiando la hiedra” es porque guio mi hiedra. No pienso en metáforas. Mi escritura es muy concreta y real, no quiero ser metáfora de nada, no veo ninguna película que sea metáfora de nada, quiero que me muestren lo que hay. No que nada sea metáfora de otra cosa. Si veo un animal trabajo con el animal, lo trabajo tal como es, no lo percibo como metáfora de nada.

¿No te interesa la metáfora como figura?

Sí, es interesante como figura la metáfora pero no, por ejemplo una película metafórica, que tiene un mensaje complejo y dice que es metáfora de otra cosa, no me interesa. Yo quiero los hechos reales [golpea la mesa con la mano].

Vos dictaste muchos años talleres de escritura que ya son míticos: hay una cantidad de escritores que han salido de tus talleres y que se vanaglorian o reivindican esto como legado.

Sí: Eduardo Muslip, Carlos Bernatek, María Pia Bouzas, varios más...

¿Nunca te planteaste como conflicto o problema la posibilidad de que salieran de este cenáculo una legión de escritores que escribieran todos iguales, con el mismo “Recetario Hebe Uhart” –ese que Liliana Villanueva registra en el libro Las clases de Hebe Uhart (2015)–?

¡Qué pregunta! Yo aspiraba a respetar las cosas propias de ellos... Evidentemente si alguien acude a un taller es porque tiene una sintonía con el coordinador, pero he tenido alumnos valiosos y talentosos que no avanzaban en el taller porque no tenían feeling conmigo, o no se interesaban por las mismas cosas, que los mandé a otro taller. Hubo varios. Yo prácticamente no doy consignas, doy consignas cuando los veo muy desmoralizados. Que cada uno siga haciendo por donde va... Lo que no trabajo para nada, nunca, es poesía: salvo que me distraiga, me tiene que agarrar distraída

[ríe], pero si no poesía no hago jamás. Novela tampoco. Siempre cuento o crónica.

En tus crónicas hay una fuerte preocupación por escuchar los modos en que habla la gente y a su vez tomar registro de esos modismos, en cada lugar, ciudad o país que visitás. ¿Dirías que tu escritura tiene una vocación eminentemente oral?

Sí, me gustan más los escritores que escriben como hablan. Sí, me agradan. Me gusta escuchar a la gente.

Y en esta búsqueda, ¿qué escritores rescatás o sentís más próximos? ¿Cuáles gravitaron más hondamente a lo largo de tu formación?

Felisberto Hernández, básicamente, pienso que ha sido importante en su momento para mí. Y bueno, después son incontables: toda la literatura rusa, los cuentistas norteamericanos, los cronistas latinoamericanos... Por ejemplo, Juan Villoro me gusta mucho. Me gusta parcialmente Martín Caparrós, *El interior* me parece muy interesante.

Leí en distintos reportajes que siempre te reconociste como viajera, desde joven, pero que empezaste a publicar crónicas mucho más tarde. ¿Y por qué te frenabas ante ese género, no lo sentías como propio?

Sí, viajé desde los diecinueve años, pero en ese momento no me nacía la necesidad de escribir sobre lo que veía o viajaba. Pero sí, he realizado viajes largos. A los veinte, por ejemplo, me acuerdo que ir en tren a Bolivia duraba tres días y medio, de ahí a Guaqui, de Guaqui a Lago Titicaca en barquito, de ahí desembocás en Puno, de Puno a Cuzco, de Cuzco a Lima, y luego todo por tierra a Santiago de Chile y cruzás la Cordillera: eso lo hice a los veinte años. Es un lindo viaje para hacer una persona joven. Después a Ushuaia, a Cataratas; de los veinte a los treinta, como todo argentino que se precie, he ido a Brasil, en motocicleta, en bicicleta, qué se yo...

¿Y guardaste registro de esos viajes?

No, no he hecho diario. Pero de los viajes recordados he escrito en las crónicas, y después he hecho algún cuento.

En tus libros de crónicas están presentes los viajes ligados a la escritura como profesión, que son los viajes a ferias o a distintos eventos a los que sos invitada.

Yo aprovecho las ferias, uso las ferias: por ejemplo la de Lima o la de Bogotá o la de México, cuando trabajé comunidades pedí que por favor me conectaran con un referente indígena o me pusieran en una mesa donde los hubiera. Entonces aprovecho que me invitan a la feria y después uso eso para hacer mis incursiones a lugares determinados, al zoológico de Lima, o lo que fuera. Con los animales es lo mismo, fui a Santa Rosa a un encuentro de literatura y pedí un ornitólogo. Aprovecho los viajes en general para hacer otra cosa. Es que una vez que vos viste muchas ferias, te aburrís. Siempre la misma cosa, que el rol del escritor, que la mujer, ¿entendés? En cambio yo salgo del camino y encuentro algo que me divierte más.

¿A ferias o encuentros de cronistas te han invitado?

No, jamás. No me han invitado. ¡Lo que pasa es que el rubro "Cronistas" es tan amplio! Solo me han invitado a ferias de libros, y yo aprovecho y hago otra cosa que me divierte más, honestamente, que sentarme en una feria donde la gente dice cosas que ya se saben, o que las podés leer. Mientras que lo que veo nuevo no lo puedo leer. Por ejemplo en la feria de Lima, yo digo: «Bueno, ¿qué voy a trabajar? ¿De los incas? ¡Son todos descendientes de los incas!». Y entonces pedí una mesa que tuviera que ver con algún referente indígena y me ponen en una mesa de antropólogos que era *Indígenas aculturados de la selva de Perú*. Me dije «¡Qué hermoso!». Pero no encontraba material, ni en internet, ni en Puán ni en los Institutos de la Facultad de Filosofía y Letras encontraba nada. ¡Una ansiedad! ¿Viste cuando querés algo y no podés? Y entonces me dijeron: «No se preocupe que va a salir todo bien». Efectivamente, salió todo bien. En la mesa conocí a una antropóloga, después conocí a un pintor de la selva, extraordinario, nacido en la selva, con nombre de selva pero nombre urbano también, era un ilustrador de un libro infantil propiciado por la embajada española. Ahora, el tipo viaja a Alemania, vende: me interesa eso. Ese señor que nació en la selva, con base selvática, que tenía un nombre que significaba algo así como «ratón asustado» después viene ahí, triunfa, y ahora va a Alemania, los

españoles le organizan todo eso... Y la pintura era extraordinaria. Es interesantísimo, ¿o no?

Bueno, la preocupación indígena está en todas tus crónicas.

Sí, empecé un poco antes y después lo fui enfocando. Por ejemplo está ya en la crónica sobre el cacique mapuche Coliqueo, de un lugar cerca de acá, después en Azul trabajé mucho con los Catriel...

Hay un trabajo de documentación además.

Sí, sí, leo mucho, me documento, por supuesto.

En relación a esto, que justo es un tema que está en el tapete, en un momento en que el territorio argentino se convirtió en la meca de grandes magnates que lo han transformado en un gigantesco barrio privado casi: pienso en Ted Turner que acumula hectáreas en busca de la trucha perfecta, en Tompkins y sus descendientes, dueños del acuífero guaraní, en Joseph Lewis que tiene la llave del lago Escondido, en la familia Benetton que además de miles y miles de hectáreas de territorio patagónico ahora mantiene al pueblo mapuche apresado... Todos temas presentes en tus crónicas en la progresiva preocupación en torno a los pueblos originarios y la propiedad de la tierra: desde las distintas visitas que hacés a la comunidades qom afincadas en el Chaco y en la periferia de Rosario, a la comunidad charrúa que encontrás en el pueblo Macía cerca de Concepción del Uruguay, al buceo en la correspondencia de Calfucurá con Rosas y Urquiza a partir de una visita a Carmen de Patagones... ¿Cómo viviste el tema de las muertes de Santiago Maldonado y de Rafael Nahuel, y el conflicto mapuche por la tierra en estos últimos meses?

Bueno, lo viví de un modo similar al de cualquier ciudadano bien nacido. De todos modos, el conflicto por la tierra es muy complejo. En general, todos los indígenas de América Latina e incluso los del país son pobres. Salvo un poco los mapuches, algunos han tenido concesiones bastante buenas: en Junin de los Andes, por ejemplo, pero son pocas familias, no son muchas... Los mapuches tienen, primero, los líderes más lúcidos de todos los indígenas que hay acá, es decir: lúcidos en cuan-

to a retórica, lenguaraces, capacidad de expresión, etc. El líder mapuche es como un intelectual, en general... Pero en Junin de los Andes algunos han obtenido algo, la confitería, los caballos, el cruce del río: esos son ricos, es lo que te dice la gente de la misma comunidad, te dice «ellos son ricos: tienen la DirectTV y la 4X4» [ríe]. No entrevisté a ninguno de esos ricos, entrevisté a gente de niveles más bajos y me dijeron eso. Cuando uno dice «los indios» tiene que cuidarse de decirlo, porque las comunidades son todas distintas. Los mapuches están en camino de ser más ricos, y lo van a ser, algo van a obtener porque tienen capacidad de oratoria y de persistencia [golpea la mesa]. Y además, se fueron líderes mapuches a Italia para que Benetton cambiara el contrato y pusiera en vez de «donación de las tierras», «restitución». Viajaron a Italia, es decir que los mapuches tienen cierta capacidad de moverse. Los wichis están pobres, en general. Los otavalos de Ecuador están ricos, por ejemplo. En general están pobres, sí, evidentemente: en general se gastan sus zapatos o lo que tengan para pedir la tierra, pero los otavalos son los únicos que como comunidad son ricos. La gente cuando piensa «indio» piensa: indio-oscuro-ignorante-pobre-barbarie. Entonces lo que es interesante es que la gente pueda tener la idea de que esta persona tiene algo de su cultura particular y de su identidad pero que además toma lo otro. Por ejemplo, Lanata se extrañaba porque decía «¡un mapuche con binoculares!». Pero ¿y qué quiere? La idea que tiene la gente del indígena es una idea fija, sustancial: si es indígena no va a usar la tecnología, o no va a ir a la universidad... No tiene nada que ver eso. Por ejemplo, en el Chaco fui a uno de esos encuentros que organiza Mempo Giardinelli y pedí ver la escuela toba de Resistencia: es extraordinaria. Tienen una biblioteca con dos bibliotecarios que ya la quisieran tener escuelas de por acá, hacen traducción bilingüe, y el director de la biblioteca es un toba, de origen toba, moreno, alto, buen mozo, que hasta los diez años vivió en la selva y te dice «yo hasta los diez años no conocía ni los caramelos, ni las malas palabras», que alcanzó a ver el encierro ritual de sus hermanas cuando menstruaban (que se da en algunas tribus). Ese tipo ahora lee a Mafalda, a Galeano, lee esto, lo otro, qué se yo. Voy al encuentro y le digo a una escritora española: «¿Sabés que vi al director de la escuela toba?». Y me dice: «¡Ah... ¿sí, y cómo viste?». Le digo: «¡Con la pluma y el taparrabo!» [ríe]. Entonces, ese es un pensamiento sustancialista, es muy interesante esto: pensar que lo que es permanece en lo que es, este es así y queda así. Y de eso sí tenemos mucho, nosotros, en Argentina.



¿Vos decís en nuestra ideología?

Sí, tenemos... Cuando Mansilla iba a hacer *Una excursión a los indios ranqueles* como era un dandy y se vestía tan bien (en el desierto no se viste tan bien, se viste así nomás) le decían: «¿En serio, che, Lucio, fuiste a ver los ranqueles? ¡Mentira, vos no!» Porque lo veían como una figurita de muñeco de torta, está ahí vestido así y entonces no puede estar vestido de otra manera. Tenemos mucho de eso, nosotros. Todas las críticas que se hicieron, por ejemplo, en el primer peronismo, sobre que rompían los parquets (¿viste que decían: «¡Rompen los parquets para hacer fuego y en el bidet ponen plantas!»?): sí, puede ser que uno lo haya hecho, que en cinco años primero lo hayan hecho, pero la generación siguiente ya no lo hace. ¿En-

tendés? Entonces es lindo ver cómo es cambiante una identidad, porque los mapuches por más que tengan una identidad y aprendan una lengua, lo cual está muy bien, ellos son mezcla, el mundo está hecho de mezcla. Eso es muy interesante que aprenda la gente en relación a las comunidades.

¿Hay una vocación pedagógica entonces en tus crónicas?

Inconsciente... puede ser. Hay una curiosidad mía para ver cómo son y hay un aprendizaje mío a partir de irlos a ver. Porque por ejemplo para un indígena toba el monte es más importante que la casa, porque a la casa solo se va a dormir. A mí me dijo uno: «¡El monte es shopping, el shopping me da farmacia, me da comida, me da diversión, me da todo!». Y es verdad. Vos vas con un prejuicio urbano y ves que tiene una casa así nomás de ramas, y es que no tiene importancia para él la casa. Entonces me parece bueno para mí, para mi propia persona, aprender otras formas de pensar, de procesar.

Es parte de la ideología patriarcal descalificar a la mujer escritora tildándola de naif o ingenua. ¿Has sufrido esos motes con los que se han leído tus relatos o más bien te han resultado indiferentes?

La gente no piensa que te va a descalificar diciéndote «naif», pero sí, me molesta, porque no creo ser naif. Bah qué se yo lo que es cada uno, decir, te pueden decir cualquier cosa... Yo del feminismo sé poco. Coincido con consignas básicas como «igual trabajo igual salario», desde ya. Pero yo pienso que las mujeres de clase media de toda América latina gozan de bastante libertad... A lo mejor es una idea errónea, porque en las mujeres de clase baja es bastante distinta la cosa.

¿Tenés alguna anécdota que quieras contarme sobre tus comienzos de escritura?

Yo escribo desde chica, pero era muy sociable. Escribía si estaba solita y no había chicos para jugar: prefería jugar a escribir, de chica. No era una nena encerrada en mí misma. No... Cuando no había más remedio escribía alguna cosita, pero no guardo nada. Yo tiro todo. ¿Sabés la cantidad de libros que tiré de acá? Libros que no me interesaba tener, cuadernos míos viejos. Me encanta tirar [risas de ambas]. Pienso que hay gente que es de guardar, y hay gente que es de tirar.

Vos sos de Moreno, del conurbano bonaerense. ¿Volvés cada tanto?

Vuelvo, tengo una amiga allá así que cada dos meses me doy una vuelta. Cambió todo. Cuando yo era chica jugábamos a la paleta en la calle, ahora es como si siguiera la Capital, hay un lío para entrar y salir, no hay un solo terreno baldío... De todos modos la gente de Buenos Aires es distinta de la gente de los suburbios. Por ejemplo una vez hace unos años



fui a Santa Rosa a acompañar a otra escritora que iba a dar una charla, y ellos tienen el hotel Calfulcurá que son nueve pisos, enorme, que es el orgullo de Santa Rosa, ¿viste? Y después tienen todas casas bajas, chalcitos, algún edificio un poquito más alto. Y mi amiga era muy porteña, era muy porteña te digo en el sentido de las exigencias: son gente que quiere cosas que yo ya sabía —porque era suburbana— que no las iba a obtener. Mi amiga mira por la ventana y ve esas luces, luces de nada y me dice: «¡Ay Hebe, qué bajón, qué desolación! ¡Voy a pedir un whisky!». Eran las once de la noche. «No te lo van a dar —le digo—, estos a las once están durmiendo». En ese sentido, sé de los bueyes con los que aro en el conurbano. O por ejemplo, cuando entré a la facultad de Filosofía...

¿En qué año fue eso?

Y 1960, por ahí... La Facultad de Filosofía era un refugio de gente excéntrica, ahora no, es más igual. Había uno que quería dar examen con música de laúd... Yo venía de un pueblo, así que primero no entendía nada. Había una que se llamaba Alma Cristina, que después salió reina de los hippies en Nueva York y aparecía en una foto con un novio con piel de lobo, todo así medio esotérico... Tenía veintiún años y una nena como de seis porque la había tenido a los quince, pionera, hija de un pastor protestante, rubia, así más o menos como vos, la nena tenía anteojitos... Y presenta a la nena de esta manera: «Mi hija es un poco menos estrábica que

Sartre». Digo, ¿cómo va a decir eso de la nena? En el pueblo, en Moreno, se decía de otra manera, se decía: «¡Qué lindos nenes!» o «¡No señora, no son lindos, son sanitos!» [ríe]. ¡Es otra historietita! A mí me chocaban esas cosas cuando recién llegué.

¿Qué recuerdo guardás de Haroldo Conti?

Haroldo Conti era muy amigo de amigos míos, amigo personal mío no fue nunca. Guardo un recuerdo de verlo en reuniones, de verlo con gente. Ahora sí, para hacerme el prólogo del libro de *Gente de la casa rosa* (1970) me hizo hacer de pre-jurado del concurso de Córdoba del 69 y leí como mil cuentos, qué se yo... Debe ser por eso, que leí esa cantidad de cuentos —ahora estoy pensando—, que a mí no me gusta ser jurado.



FOTOGRAFÍAS DE MATIAS SCAFATI